

## ORACIÓN

Por tu bondad, Señor y Hermano Jesús:  
Concédenos escuchar tu Palabra con el corazón abierto y con nuestro ser entero orientado a Ti.  
Haz que nos sea: luz en el caminar de nuestra vida, fortaleza en la lucha diaria, nuestro gozo en los sinsabores de nuestra existencia. AMEN.

## TEXTO

### MARCOS 15,1-32

«15<sup>1</sup>Y, de inmediato, por la mañana, **los sumos sacerdotes**, tras hacer reunión con **los ancianos, los escribas y el Sanedrín entero** y tras atar a **Jesús**, lo llevaron y *lo entregaron* a **Pilato**.

<sup>2</sup>Y **Pilato** le preguntó: “¿Tú eres **el rey de los judíos?**”.

Pero él, respondiendo, le dice: “Tú [lo] dices”.

<sup>3</sup>Y **los sumos sacerdotes** lo acusaban de muchas cosas.

<sup>4</sup>Pero **Pilato** le preguntaba de nuevo, diciendo: “¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan”.

<sup>5</sup>Pero **Jesús** no contestó nada más, de modo que **Pilato** quedó asombrado.

<sup>6</sup>Pero durante la fiesta les liberaba un preso, el que ellos habían pedido. <sup>7</sup>Había un hombre llamado **Barrabás**, hecho prisionero con los insurrectos que habían cometido un asesinato en la insurrección.

<sup>8</sup>Y subiendo **la muchedumbre** comenzó a pedirle como les solía hacer.

<sup>9</sup>Pero **Pilato** les respondió diciendo: “¿Queréis que os libere **al rey de los judíos?**”. <sup>10</sup>Porque sabía que **los sumos sacerdotes** se *lo habían entregado* por envidia.

<sup>11</sup>Pero **los sumos sacerdotes** incitaron a **la muchedumbre** para que más bien les liberara a **Barrabás**.

<sup>12</sup>Pero **Pilato** respondiéndoles de nuevo les decía: “Qué queréis que haga, pues, con el que llamáis **rey de los judíos?**”.

<sup>13</sup>Pero ellos de nuevo gritaron: “**Crucifícalo**”.

<sup>14</sup>Pero **Pilato** les decía: “Pues ¿qué mal ha hecho?”

Pero ellos gritaban más y más: “**Crucifícalo**”.

<sup>15</sup>Pero **Pilato**, queriendo satisfacer a **la muchedumbre**, les liberó a **Barrabás**, y *entregó* a Jesús, una vez azotado, para que lo **crucificaran**.

<sup>16</sup>Pero **los soldados** lo condujeron *dentro* del patio, es decir, del pretorio, y convocaron a la cohorte entera. <sup>17</sup>Y lo vistieron de púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la colocan sobre su cabeza.

<sup>18</sup>Y comenzaron a saludarlo: “Salve, **rey de los judíos**”.

<sup>19</sup>Y golpeaban su cabeza con una caña, y le escupían y, arrodillándose, lo adoraban. <sup>20</sup>Y cuando se habían burlado de él, le despojaron de la púrpura y le pusieron su propia ropa. Y lo conducen *fuera* para **crucificarlo**.

<sup>21</sup>Y forzaron a un cierto transeúnte, **Simón de Cirene**, que venía del campo, el padre de Alejandro y de Rufo, para que llevara **su cruz**.

<sup>22</sup>Y lo llevan al lugar llamado «Gólgota», que se traduce por «Lugar de la Calavera».

<sup>23</sup>Y le daban vino con mirra, pero no lo tomó.

<sup>24</sup>Y **lo crucifican** y dividen sus ropas, echando suertes sobre ellas para ver quién conseguiría qué. <sup>25</sup>Pero era la hora tercia y **lo crucificaron**.

<sup>26</sup>Y había una inscripción inscrita con su acusación: «El Rey de los judíos».

<sup>27</sup>Y con él **crucifican** a **dos bandidos**, uno a su derecha y otro a su izquierda.

(<sup>28</sup>,<sup>29</sup>)Y **los transeúntes** blasfemaban contra él, sacudiendo sus cabezas y diciendo: “¡Ajá! El que destruye el Templo y lo construye en tres días, <sup>30</sup>*sálvese a sí mismo* bajando de **la cruz**”.

<sup>31</sup>Del mismo modo **los sumos sacerdotes**, bromeando entre ellos con **los escribas**, decían: “*Salvó a otros; pero a sí mismo no puede salvarse*. <sup>32</sup>El **cristo, el rey de Israel**, que baje ahora de **la cruz**, para que veamos y creamos”.

Y **los crucificados** con él lo injuriaban».

## COMENTARIO

### PRIMERA UNIDAD (15,1-15)

- El segundo de los dos juicios contra Jesús, su proceso ante el gobernador romano Poncio Pilato, va tras la negación de Pedro (14,66-72) y es increíblemente similar al primero, tenido ante el Sanedrín judío (14,53-65). Para Marcos hay una razón teológica para este paralelismo: el mismo poder hostil que había dirigido la condenación de Jesús por las autoridades judías está ahora llevando a cabo su condenación por los gentiles de una manera sorprendentemente similar. Sin embargo, por encima de esa fuerza maligna planea la voluntad de Dios que todo lo dirige.

El pasaje está dividido en dos partes de desigual amplitud: la breve escena del interrogatorio de Jesús por Pilato (15,1-5) y la escena más amplia de sus negociaciones con la muchedumbre sobre Jesús y Barrabás (15,6-15). La longitud desigual es significativa: el relato se interesa por Pilato solo algunos momentos para concluir que Jesús es inocente, pero el gobernador queda tan impresionado por este breve encuentro que realiza un esfuerzo prolongado para liberarlo. No tiene éxito, sin embargo, y de ello se forma una triste *inclusión*: en 15,1 el Sanedrín entrega a Jesús a Pilato, y en 15,15 Pilato entrega a Jesús a los soldados para que sea crucificado.

- 15,1-5: El centro de la atención retorna a Jesús, a quien los dirigentes judíos encadenan y entregan a Poncio Pilato, el gobernador romano (15,1). Aunque los judíos hayan cedido técnicamente el control de Jesús, estos dirigentes acechan desde el trasfondo, forman la audiencia en el interrogatorio siguiente y permanecen listos para entrar en acción. La imagen de un Jesús encadenado prepara para el tono sarcástico de la pregunta inicial de Pilato: «¿Eres tú el rey de los judíos?» (15,2a). Aunque los títulos con connotaciones parecidas, como «Cristo» e «Hijo de David», han aparecido ya en todas las secciones de Marcos, «rey de los judíos» no aflora hasta este punto del relato, en el que Jesús se topa con las autoridades romanas; entonces aparece cinco veces (15,2.9.12.18.26) y se convierte en el tema principal de la sección. Sin embargo, en esta primera aparición parece como si surgiera de la nada; hay que presuponer que entre 15,1 y 15,2 los dirigentes judíos han informado a Pilato de la acusación contra Jesús, una laguna narrativa que rellena Lc 23,2.

Sin embargo, a pesar de su aspecto de impotencia, Jesús parece cualquier otra cosa menos impotente, puesto que contesta irónicamente a la pregunta irónica de Pilato sobre su realeza, mostrando la misma suerte de gallardía que tenía ante el sumo sacerdote en 14,62: «Tú lo dices» (15,2b). Jesús no tiene ninguna necesidad de afirmar su realeza, porque Pilato ya lo ha hecho por él.

El título «rey de los judíos» ponía a los romanos sumamente nerviosos. No hubo un rey judío en Palestina desde el 4 a.C., cuando murió Herodes el Grande, aunque varios de sus hijos y algunos dirigentes revolucionarios aspiraron a la realeza tras la muerte de aquel. Finalmente el emperador romano Augusto designó al hijo de Herodes, Arquelao, etnarca de Judea y prometió hacerlo rey si se mostraba digno; de hecho, Arquelao resultó ser un gobernante terrible y fue depuesto en 6 d.C., lo que inició un período de gobierno directo de los romanos. Este fue interrumpido solo por el efímero reinado de Agripa I (41-44 d.C.) y por las rebeliones de 66-73 y 132-135, que parecen haber sido dirigidas por «personajes reales», es decir, mesiánicos. Por tanto, el título «rey de los judíos» tenía un *potencial revolucionario* antiimperial de largo recorrido, que explica la renuencia romana a permitir que los dirigentes judíos se designaran a sí mismos como reyes (cf. Jn 19,12). En realidad, en el mundo romano en general, la afirmación de ser rey o cualquier desaire al emperador, verdadero o imaginario, incluso en broma, era a veces suficiente para que se crucificara a una persona. El emperador en tiempos de Jesús, Tiberio, era especialmente sensible a tales insultos, que podían costar la vida a la gente por asuntos tan leves como cambiarse de ropa cerca de una estatua de Augusto, o llevar en un retrete o en un burdel un anillo o una moneda con la imagen del emperador, o aceptar un honor el mismo día en el que le habían otorgado uno a él.

La sustancia de la respuesta de Jesús, por tanto, no estaba calculada para provocar sentimientos de comprensión en aquel subordinado del emperador. Jesús no emplea figura alguna de la retórica respetuosa («mi señor», etc.), como podría esperarse de un provinciano de clase baja que está en riesgo de ser condenado a muerte por el supremo funcionario romano en Palestina. Al «replicar» más que responder, Jesús muestra precisamente esa

conciencia real acerca de la que está siendo interrogado, ya que nadie se atrevería a contestar de ese modo a un gobernante a no ser que se sintiera superior.

Se esperaría, pues, una respuesta punitiva de un gobernador movido a la venganza, pero de hecho no sucede eso, una indicación quizás de que Pilato ha comenzado ya a sentirse inclinado hacia Jesús. Los sumos sacerdotes, sin embargo, no opinan igual, y la sorprendente renuencia de Pilato a condenarlo los despierta y estimula a acusar a Jesús «de muchas cosas» (15,3). Marcos no especifica estas «cosas» y su silencio puede ser significativo, ya que al parecer serían de naturaleza política, como los cargos detallados en Lc 23,2 («perversión de nuestra nación, prohibición del pago de impuestos al emperador, y haber dicho que él es el mesías, el rey»). Marcos tampoco describe directamente la reacción de Jesús ante estos cargos; sabemos indirectamente, por la pregunta de Pilato (15,4), que su primera respuesta fue el silencio y, por parte del narrador, que su siguiente respuesta a un interrogatorio ulterior de Pilato fue también el silencio (15,5a).

Sin embargo, precisamente esta falta de respuesta, así como la audaz réplica en 15,2, muestra la soberana autoestima de Jesús; no se defiende ni trata de escaparse del destino brutal que pende sobre él, sino que se arriesga a molestar a Pilato por su rechazo repetido a contestar preguntas directas. Sin embargo, en vez de provocar la ira de Pilato, el valiente silencio de Jesús provoca su asombro (15,5b), puesto que nadie suele permanecer silencioso cuando su vida está en juego. Esta reacción es típica de *las historias de martirio*, en las que las autoridades examinadoras quedan asombradas a menudo ante la firmeza del mártir, que desdeña la posibilidad de salvarse, e incluso a veces se atreve a provocarlos. La reacción de Pilato es semejante al temor respetuoso.

Así pues, como en anteriores pasajes marcianos (por ejemplo 1,16-20; 2,13-14; 8,14-21), Jesús rechaza dar las explicaciones requeridas por sus acciones y palabras; y el hecho de que, aun careciendo de tales explicaciones, la gente se sintiera todavía atraída y hasta abrumada por él declara que *un poder divino está operando en Jesús* incluso cuando camina inexorablemente hacia la muerte. Esta impresión queda reforzada por el eco en el relato, aquí y en 15,44, de la famosa profecía bíblica sobre el siervo sufriente del Señor, que guarda silencio ante sus acusadores (Is 53,7), pero ante quien las naciones sienten asombro y los reyes mantienen cerradas sus bocas (Is 52,15 LXX). El eco de Isaías profundiza la imagen marcana de una *inversión paradójica de las apariencias*: en vez de ser derrotado por las autoridades mundanas que suponen estar juzgándolo, Jesús, encadenado e impotente en apariencia, avanza en realidad hacia la victoria de la guerra santa.

- 15,6-15: Esa victoria se conseguirá por la muerte del siervo sufriente, muerte que, según Isaías 52,13-53,12, es voluntad de Dios; y ningún poder humano, ni siquiera el de un gobernador comprensivo, puede oponerse en el camino del éxito de esa voluntad. Los esfuerzos de Pilato, pues, resultan inútiles, demostrando así la inanidad de la autoridad mundana, que gobierna solo en apariencia en este mundo (10,45). Por tanto, aunque el verbo «liberar» domine la segunda parte, más extensa, de nuestra perícopa, que siempre tiene a Pilato como sujeto (15,6.9.11.15), es justamente lo que Pilato no es capaz de hacer.

La carencia de control por parte de Pilato queda ya sugerida por el retorcido camino por el que intenta salvar a Jesús: utilizar una supuesta costumbre romana de liberar por la Pascua un preso escogido por la población judía (15,6). No tenemos ninguna otra prueba de una amnistía anual por la Pascua. Puede ser, más bien, que Marcos o su fuente hayan generalizado una práctica ocasional romana para explicar cómo un gobernador tan inclinado hacia Jesús terminó por ejecutarlo: solo podía perdonar a un hombre, pero la muchedumbre exigió que fuera Barrabás y no Jesús. Lo crucial para Marcos, sin embargo, no es la amnistía pascual, sino la comparación y el contraste entre Jesús y Barrabás, el líder revolucionario que termina siendo liberado. Tanto Jesús como Barrabás están atados (15,1.7), y la connotación militar del título «rey de los judíos» sugiere que Jesús, como Barrabás, están siendo presentados por sus enemigos como figuras revolucionarias. La comparación se hace aún más estrecha si los lectores de Marcos caen en la cuenta de que el nombre de Barrabás, que contiene la palabra «Abba», significa «el hijo del padre» y si ellos recuerdan que en un pasaje anterior Jesús oraba a su Padre, llamándolo «Abba». Pero Marcos quiere mostrar también que esta comparación es errónea: Barrabás es un insurrecto y un asesino, mientras que Jesús concede la salud y la vida, y no representa una amenaza para la *pax*

*romana*. Así pues, uno de los «hijos del padre» ha tratado en vano de instaurar el reinado del Abba divino por la violencia revolucionaria contra los romanos; el otro tendrá éxito en esta empresa al morir en una cruz romana.

Pilato, al menos, parece captar un tanto esta diferencia entre Barrabás y Jesús, y cuando la muchedumbre solicita que haga efectiva la amnistía pascual acostumbrada (15,8), aprovecha la oportunidad y propone que su objeto ese año sea aquel a quien llama «rey de los judíos» (15,9). Su motivación para querer la liberación de Jesús, y el estímulo de los sacerdotes para desear matarlo, quedan ahora explícitamente declarados: «Pues sabía que los sumos sacerdotes lo habían entregado por envidia» (15,10). Esta envidia refleja al parecer la popularidad de Jesús entre el pueblo, que hasta este punto ha impedido a la élite moverse contra él (cf. 12,12; 14,2). Sin embargo, si se considera este apoyo previo a Jesús, es desconcertante que en este momento la muchedumbre sea tan fácilmente manipulable como para abandonarlo y exigir en cambio la libertad de Barrabás (15,11). Como en casos anteriores de oposición repentina e inexplicable (5,17; 6,2-3), en esta inversión radical puede detectarse el influjo de los espíritus malignos, que han aparecido de repente en otras partes del evangelio, que han surgido de no se sabe dónde, que agitan a la gente (cf. 1,26; 9,26) y hacen que se oponga a Jesús (cf. 1,23-24; 5,6-7; 8,33).

Esta explicación demoníaca de la indiferencia repentina del populacho respecto al destino de Jesús se apoya en la conclusión de la historia, en la cual la plebe va más lejos y exige su crucifixión... esta vez sin la incitación de los sacerdotes. La primera expresión de esta demanda se precipita ante la pregunta de Pilato sobre qué desean que haga con el que la plebe misma llama «rey de los judíos» (15,12). El gobernador intenta explotar esta lealtad haciendo depender el destino de Jesús de un voto popular (procedimiento históricamente dudoso). Entonces aparece de nuevo la espantosa respuesta: «Crucifícalo» (15,13). Así, el odio demostrado por la muchedumbre en 15,13-14 es un signo de que la oscuridad de los últimos días está descendiendo ya en esta mañana de primavera en Jerusalén.

Pilato, desconcertado por la ferocidad del odio mostrado por la muchedumbre, formula la pregunta lógica: «¿Qué mal ha hecho?» (15,14a). Es significativo que esta pregunta no reciba respuesta alguna. No puede haber ninguna, ya que Jesús no ha hecho más que el bien; sin embargo, en un mundo sumido en la ignorancia, moralmente al revés, es esta precisamente la razón por la que hay que oponerse a él, difamarlo y finalmente matarlo. Está operando el mismo odio ciego y demoníaco que hizo que las generosas curaciones de Jesús fueran atribuidas al Diablo (3,22). La muchedumbre, por tanto, ignora la pregunta de Pilato y grita simplemente con más ferocidad aún: «Crucifícalo» (15,14b). Confrontado a este odio intenso, ilógico y persistente, Pilato se derrumba en un instante y, deseando apaciguar la muchedumbre, entrega a Jesús para que sea crucificado (15,15). Repite así el comportamiento de Herodes Antipas cuando Juan el Bautista se enfrentó con él: aunque sentía terror ante un preso sobrenatural (15,5; cf. 6,20), lo entregó a la muerte para satisfacer a otros (15,15ab; cf. 6,26). Una vez más, el derrumbamiento moral de Pilato se debe probablemente no solo a la debilidad de su carácter, sino a la acción de fuerzas sobrehumanas que hemos visto en acción en todo nuestro pasaje; un cambio tan repentino -de estar al lado de Dios y de Jesús a pasarse al lado de «las cosas de los seres humanos»- solo puede ser obra del Diablo (cf. 8,29-33).

En el siguiente pasaje del evangelio este rey será revestido con vestimentas reales (por los soldados que le insultan), coronado (de espinas) y aclamado como «rey de los judíos» (en son de burla) por un pueblo que «mira y mira, pero nunca ve, que oye y oye, pero nunca entiende» esa verdad que hay en lo que dicen y hacen (cf. 4,12).

## SEGUNDA UNIDAD (15,16-32)

- Al fracasar los esfuerzos de Pilato por salvar a Jesús, este es ahora entregado en manos de los verdugos, que se burlan de él (15,16-20a) y lo ponen en una cruz (15,20b-27), donde de nuevo se hacen bromas a su costa (15,29-32).

Nuestro pasaje se suele dividir en dos o tres perícopas diferentes, probablemente por un deseo de dar a la escena de la crucifixión la independencia que se piensa que merece teológicamente. Para Marcos, sin embargo, el punto principal del pasaje son las burlas a Jesús, que preceden y siguen a la crucifixión en sí, y en donde -en

ambas partes- la gente desprecia las pretensiones reales que tiene Jesús. En los dos casos estas burlas ridiculizan la idea de que Jesús es el rey de los judíos o de Israel, título que se destaca también en el segmento de la crucifixión (15,26). Mc 15,16-32, por tanto, debe considerarse como un pasaje único en tres partes, que trata de las burlas sobre la realeza de Jesús.

- 15,16-20a: La primera etapa de estas burlas ocurre cuando Jesús está en manos de los soldados romanos en el pretorio, el palacio del gobernador. Comienza cuando llevan a Jesús al patio de este edificio (15,16a), donde el grupo de soldados, a quienes ha sido confiado, convoca desinteresadamente a «la cohorte entera», para darle la posibilidad de participar en la diversión de atormentar al preso (15,16b). La movilización de toda una cohorte por este motivo resulta inverosímil; probablemente la frase es una generalización de la culpabilidad, como «el Sanedrín entero» en Mc 14,55. Así pues, las autoridades judías y los soldados romanos coinciden en burlarse de Jesús y en entregarlo a la muerte.

El que los burladores sean militares es importante; pero los detalles de las burlas lo son aún más. Los detalles reflejan los triunfos romanos, en los que los generales victoriosos eran a veces coronados, vestidos de púrpura y aclamados por sus soldados; nuestro pasaje, pues, representa una especie de «antitriunfo». Pero nuestro pasaje es más una burla que una verdadera coronación. La parodia comienza con un traje y una coronación burlescos, seguidos de una aclamación real (15,17-18); en ambos casos, por tanto, la víctima recibe la librea de rey antes de la aclamación como tal. A Jesús lo visten con un ropaje purpúreo, un color que estaba especialmente relacionado con la realeza, como lo estaban también las coronas; el único elemento aquí que parece no encajar son los golpes en la cabeza a Jesús con una caña. Puede ser que este elemento haya sido insertado aquí como alusión a Is 42,1-4, un pasaje que habla «de una caña quebrada» y que presenta varias conexiones temáticas con nuestra sección del evangelio: como en otros lugares de Marcos, la imagen del poderoso mesías real se funde extrañamente con el atormentado «hombre de dolores» de Isaías (cf. 8,27-33).

Cuando los soldados han concluido su diversión con Jesús, le quitan la vestimenta purpúrea con la que burlescamente lo habían ataviado y le devuelven su propia ropa (15,20a). La escena está ahora preparada para la crucifixión.

- 15,20b-27: Al parecer, Jesús había quedado tan debilitado por su maltrato que era incapaz de llevar su cruz -o más bien el madero transversal- hasta el lugar de la ejecución, situado a corta distancia, como requiere la liturgia del castigo. Los soldados, por tanto, obligan a llevarla a un forastero que pasaba por allí, un judío llamado Simón, de la ciudad norteafricana de Cirene (15,21). Marcos lo entiende probablemente como *un acto paradigmático*: el discípulo cristiano debe tomar su cruz y seguir a su Señor en el camino de la crucifixión (cf. 8,34; 10,52). Así pues, Jesús está perdiendo terreno ante el poder de la muerte que avanza; en verdad, no solo no puede llevar su cruz, sino que probablemente es también incapaz de llevarse a sí mismo al lugar de la ejecución, y debe ser llevado, o arrastrado, por los soldados. El sitio al que lo llevan tiene el nombre de Lugar de la Calavera por su forma o por los huesos de los criminales allí ejecutados; en cualquiera de los dos casos la vinculación judía entre huesos e impureza le habría prestado una atmósfera de ausencia de pureza ritual; el cráneo, además, estaba especialmente relacionado con la impureza y con la fatal retribución divina por los pecados pasados.

En medio de esta escena de muerte e impureza, Jesús realiza un acto de resistencia, rechazando beber el vino con mirra que le ofrecen los soldados (15,23). Se daba a los condenados este tipo de bebida para reducir el dolor de esos momentos. El rechazo de Jesús a este tipo de alivio puede tener varias dimensiones. A nivel práctico, el vino con drogas actuaba induciendo una embriaguez extrema; Tertuliano, por ejemplo, cuenta la historia de un mártir cristiano que había sido tan «medicado» por sus amigos que en medio de un fuerte hipo solo podía eructar cuando le preguntaba el funcionario que lo examinaba, al que proclamó «Señor». Jesús pudo haberse abstenido en parte porque creyó que tal comportamiento poco digno perjudicaría la causa por la que sacrificaba su vida. Otra dimensión del rechazo puede ser soteriológica: Jesús da su vida «como rescate por muchos» (10,45), y cualquier intento de disminuir el dolor de su muerte podía ser sospechoso de traición para su misión de padecer «un sufrimiento de muerte, de modo que por la gracia de Dios pudiera probar la muerte por todos» (Heb 2,9). Otra posible dimensión es la escatológica: en la Última Cena, Jesús hizo el voto de que no bebería más

«del fruto de la vid» hasta que lo bebiera de nuevo en el reinado de Dios. El rechazo puede tener también una dimensión mesiánica. Quizás, pues, una confluencia de motivos, desde el mundano al mesiánico, lleva a Jesús a rechazar la bebida paliativa que le ofrecen. Tras este rechazo, Jesús es crucificado sin más alharacas. Marcos describe *este acontecimiento trascendental con una simplicidad extrema*: «Y lo crucificaron» (15,24a). Así pues, a diferencia de los modernos cuadros novelísticos y cinematográficos, Marcos y los otros evangelios evitan los detalles sangrientos de la crucifixión, relatando simplemente lo que ocurrió, dejando los detalles a la imaginación del lector.

Sin embargo, a pesar de la carencia de detalles, la crucifixión está fuertemente acentuada; de hecho, el verbo «crucificar» y su compuesto «crucificar con» aparecen cinco veces (15,20.24.25.27.32), y el sustantivo «cruz» aparece tres veces (15,21.30.32). El hincapié de Marcos en la muerte cruciforme de Jesús puede tener que ver parcialmente con el hecho de que este modo de ejecución era entendido como una parodia burlesca de los ritos de la realeza, incluso fuera del cristianismo. Entronizado en el asiento real de la cruz, el crucificado era el rey de los locos; pero para Marcos, la ironía suprema era que en el caso presente este hazmerreír de «rey» estaba siendo instaurado en verdad como el monarca del universo. Tras haber sido vestido, coronado y aclamado como rey en la sección anterior, Jesús es entronizado ahora espléndidamente... en una cruz.

Tras mencionar la crucifixión de Jesús, Marcos se apresura a describir el reparto de sus vestiduras (15,24b), un procedimiento al que dedica cuatro veces más palabras que a la crucifixión en sí. Esta distribución tenía cierta importancia para los verdugos, ya que la ropa era (y es) cara en las sociedades preindustriales, y en el mundo grecorromano se trataba a menudo de la pertenencia más valiosa que una persona poseía. Marcos destaca el oportunismo de los soldados romanos y la insensible indiferencia al destino de su víctima añadiendo las palabras «para ver quién conseguiría qué» (un eco del Sal 22,18). Este despojamiento es especialmente horrible para los judíos, que tenían horror a la desnudez. No es sorprendente, por tanto, que en el Sal 22,18, el pasaje el AT citado por Mc 15,24b, tras la referencia a la división y sorteo de la ropa siga inmediatamente la mención de cómo los enemigos de la víctima se regodean a su costa; el salmo acentúa así el sentido de la víctima de estar desnudo y expuesto a la mirada hostil de los enemigos. Es esta solo la primera de las varias alusiones al Salmo 22 en las escenas de la crucifixión y muerte en el evangelio, y al parecer Marcos espera que sus lectores las reconozcan como un eco bíblico; a la vez que el evangelista destaca la vergüenza de la experiencia de la crucifixión de Jesús, también da a entender que ha sido profetizado en las Escrituras y es parte del plan divino.

Esta idea se refuerza por la referencia al momento de la crucifixión como *la hora tercia*, es decir, las nueve de la mañana (15,25): la primera de las tres noticias temporales se produce en las escenas de la crucifixión y muerte; las otras dos son la alusión a la oscuridad cósmica que desciende a la hora sexta (15,33), y el grito de abandono de Jesús en la hora nona (15,34). Las tres son acontecimientos «negativos» que podrían dejar la impresión de que una catástrofe cósmica está en camino; pero la progresión ordenada de las horas, tercia, sexta, nona, como la serie de siete en el libro del Apocalipsis, da a entender que esta época oscura está, sin embargo, *bajo el firme control de un Dios omnipotente*. El mundo no se ha escapado de la divina superintendencia, porque para Marcos la muerte de Jesús es parte inseparable de la manifestación de la realeza de Jesús y de Dios. La sección presente, en consecuencia, concluye con dos detalles que acentúan el tema real: la inscripción en la cruz de Jesús (15,26) y la descripción de su crucifixión entre dos bandidos «uno a su derecha y otro a su izquierda» (15,27).

- 15,29-32: Jesús está ahora clavado en la cruz como el acontecimiento trascendental de la parodia de una coronación real. El movimiento frenético que ha caracterizado a Jesús en la mayor parte del evangelio llega a su final. La inmovilidad de la víctima era uno de los aspectos más temidos de la muerte por crucifixión; se describe a menudo al reo como «fijo a la cruz», quien incluso no podía evitar a los perros y las aves rapaces que, percibiendo su impotencia y la cercanía de la muerte, llegaban para cebarse con su carne. Los transeúntes se burlaban de la inmovilidad de Jesús (15,29-30), al igual que los sumos sacerdotes (15,31-32) y todos le desafiaban a bajar de la cruz. El primer grupo de burlones, cuya libertad de movimiento acentúa el autor, proporciona el contraste: ellos son los que pasan por delante y menean sus cabezas mientras lo hacen (15,29a). Estas frases evocan el Sal 22,7-8, de modo que la sub-sección presente comienza con otro eco del salmo al que se había aludido ya en la referencia al reparto de la ropa de Jesús (15,24). Este eco, como aquel, ayuda a

asegurar a los lectores bíblicamente instruidos que las indignidades que Jesús sufre están dentro del plan divino. A diferencia de los burladores del salmo, que remiten a Dios para que salve a la víctima inocente, los de Marcos exhortan a Jesús a que se salve a sí mismo. Marcos acusa a estos burladores de «blasfemar». La «blasfemia» de los transeúntes es llamar a Jesús destructor y nuevo constructor del Templo, y «del mismo modo» los sumos sacerdotes y escribas lo ridiculizan como «el cristo, el rey de Israel» (15,29-32a). En sus burlas ciegas, los sumos sacerdotes y los escribas no son capaces de percibir el drama salvífico que se desarrolla ante sus ojos y piden a Jesús que baje de la cruz. A diferencia de los transeúntes plebeyos, estos cabecillas de la élite no se dirigen directamente a Jesús con sus burlas, sino que hablan entre sí; esta diferencia subraya su desprecio hacia él.

Los sumos sacerdotes y los escribas dicen que Jesús debería descender de la cruz «para que veamos y creamos» (15,32a). Estas frases recuerdan irónicamente a 4,12, donde a su vez se utilizaba el vocabulario de Is 6,9-10 -un pasaje del AT que tiene lugar en el salón del trono de Dios-, que habla del propósito de Dios de cegar a los forasteros «para que» cuando miren, no vean. Ese «mirar» de los sacerdotes y escribas es una forma de miopía, una suerte de ceguera que no percibe ese modo inverso según el cual los designios Dios operan al revés, en un mundo donde una cruz puede convertirse realmente en un trono. Y la demanda de los dirigentes que se realice un milagro para que ellos puedan «creer» da la vuelta a la dinámica marcana y del NT, en la cual la fe en el reino de Dios -que a veces se oculta bajo un aspecto contrario- precede al milagro que lo trae a la luz (cf. 2,5; 5,34.36; 9,23-24; 10,52; 11,22-24).

A pesar de su ceguera, los sumos sacerdotes y los escribas reconocen realmente un aspecto de la función redentora de Jesús, al admitir que ha «salvado» (es decir, ha curado) a otros (15,31b). Pero los sumos sacerdotes y escribas dan a entender que Jesús no puede ser «el cristo, el rey de Israel», porque no puede salvarse a sí mismo. Para el evangelista, sin embargo, el rechazo de Jesús a «salvarse a sí mismo» no es una contradicción, sino *la confirmación de su realeza*, pues los reyes (a quienes a menudo llamaban «salvadores» en época helenística) demostraban su realeza confiriendo beneficios a su pueblo y salvándolos de sus enemigos. Las burlas en 15,31-32a expresan irónicamente el más profundo secreto soteriológico de Marcos: el liberador compasivo de su pueblo, «el cristo, el rey de Israel», debe salvar a otros por su muerte expiatoria, y por tanto no puede salvarse a sí mismo descendiendo de la cruz.

Pero hay que pagar un enorme precio por un amor tan implacable y que todo lo consume, que implica no solo morir por otros, sino también *hacerse tan próximos a los seres humanos dejados de la mano de Dios que se corre el riesgo de ser rechazado por ellos*. Esto es, en verdad, lo que ocurre al final de nuestro pasaje, donde Jesús termina siendo objeto de burla, no solo por los dirigentes judíos y los transeúntes, sino también por los bandidos que comparten con él el destino horrible de la crucifixión y de quienes por tanto podría esperar alguna compasión. Estos, en cambio, lo injurian (15,32b), lo que sugiere que Jesús no es uno de ellos, no es un bandido, sino una clase diferente de «rey de los judíos», diversa de los dirigentes revolucionarios quienes más tarde, en tiempos de Marcos, condujeron al pueblo a una desastrosa confrontación militar con Roma. Sus ataques verbales indican también el sentido del *aislamiento terrible* en el que Jesús muere.

En el siguiente pasaje se profundizará en este sentido, cuando Jesús se haya hecho no solo próximo a los seres humanos dejados de la mano de Dios, sino que experimente también el ser dejado de la mano de Aquel.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Petición, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?